

cia vindicativa, mi cuerpo á los gusanos, á fin de que lo devoren y le hagan sufrir la pena de mis pecados; por motivo de obediencia, entrego plenamente á mis superiores mi inteligencia y mi voluntad, á fin de que sean anonadados en la completa cesión de una obediencia ciega; por motivo de caridad qu'ero aplicar mis méritos y mis buenas obras al alivio de las almas del purgatorio; consagro mi corazón á la Bienaventurada Virgen María, y amabilísima Madre, con intención de tributarle el culto particular que le es debido, y obligarme á ella como su siervo y su cliente; por humildad y con el deseo de tener parte en los desprecios de Jesucristo crucificado, mi divino Maestro, abandono en sus manos mi honor y mi reputación. Por amor y reconocimiento, á fin de alabar eternamente al Señor que me ha formado de barro y ceniza para su servicio, ofrezco y entrego mi memoria á la Santísima Trinidad, mi libertad á mi soberano juez, mi alma toda entera á Dios, mi último fin. Tal es la última voluntad de un pecador indigno de más larga vida, tal es el testamento que hago de mi propia voluntad, en la plenitud de mi libertad y del uso de mis sentidos, y lo he firmado de mi puño y letra el N. del mes de N. del año N.



SEXTO MEDIO

Contemplación del cadáver en el Sepulcro

DICE el apóstol San Juan, que hay tres clases de seducciones, que son los principales agentes del demonio para precipitar á una multitud de hombres en la desgracia de una mala muerte; estas son: *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida.* Contemplando el cuerpo en el ataúd, hemos aprendido en la precedente Consideración á resistir á *la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida*, es decir, al deseo de las riquezas y á la ambición de los honores. Mas hay todavía un tercer obstáculo para una buena muerte, que no es menos importante aportar; quiero hablar de *la concupiscencia de la carne.* Para combatirla debemos reunir tanto más to-

dos nuestros esfuerzos, cuanto que es más difícil odiar nuestra propia carne, pues, al contrario, todos nos sentimos naturalmente inclinados á amarla. El mal que ella nos hace está oculto bajo una seductora dulzura, que por esto es más perjudicial y más peligrosa. De este tercer obstáculo para una buena muerte, como de su fuente un arroyo, dimana todavía otro, que es el disgusto de las cosas celestiales. En efecto, un hombre á quien inclina su gusto á todo lo que es carnal, necesariamente debe sentir disgusto por las cosas divinas. A esos dos últimos obstáculos podemos oponer, como un arma poderosa y con un éxito cierto, la contemplación de nuestro cuerpo en el sepulcro. Porque la vista de nuestro cuerpo en ese miserable estado nos enseña á la vez á huir las satisfacciones de la carne y á desear unicamente las cosas del cielo, y de esa manera avanzar con paso siempre seguro hacia el término dichoso de una buena muerte.

ARTÍCULO I

Nuestro cuerpo en el sepulcro nos enseña á huir de las satisfacciones de la carne.

Consideremos el estado á que será reducido nuestro cuerpo algunos días des-

pués de puesto en el sepulcro. Vamos, alma mía, vamos en espíritu al sepulcro, y contemplemos allí tu cuerpo; y descubriremos grandes verdades, porque la muerte es un espejo fiel, y en el sepulcro sobre todo es donde nos muestra al hombre en su triste realidad. Vamos pues; levantemos esta piedra sepulcral; apartemos la tierra que cubre ese ataúd; descendamos á la fosa, abramos esa estrecha prisión de la muerte y levantemos la tabla que la cierra. ¡Qué horrible olor despide y va á corromper el aire! Detengámonos aquí, y en vez de retroceder despojemos de los vestidos que le cubren ese cuerpo sin vida, quitemos la mortaja y todo lo que le envuelve. Ese objeto repugnante, ese no sé qué, que está á tu vista, ¡oh alma mía! ese era tu cuerpo, ese cuerpo que adoraste como un idolo mientras vivía, que amaste tan tiernamente y cuidaste con tanta delicadeza. ¡Ah! ¡qué triste, qué hediondo y horroroso espectáculo se presenta en este momento! Adelante, estudiemos con atención todo la serie de esta horrible escena.

Manchas de diferentes colores derramadas acá y allá sobre el cadáver comienzan á desfigurarle; muy pronto, un hedor nauseabundo, le hace un objeto de horror; del rostro, de los brazos, del pecho, y de los pies, destila una especie de

espuma fétida precursora de la putrefacción que invade el interior, y que, escapándose de todos lados con esfuerzo, gana prontamente todas las partes de la piel. Doquiera un pus repugnante é insoportable corre de todos los miembros con tal abundancia, que el cuerpo nada en él por decirlo así durante algún tiempo. En esta corrupción que se extiende al exterior y vuelve al interior, se multiplica una increíble multitud de gusanos y otros insectos, cuyo diente ávido é ingrato roe y devora esa misma carne y esas entrañas donde acaban de nacer.

Tiembla uno de horror figurándose con qué rabia famélica los gusanos salen por los ojos que han traspasado: otros, después de haber roído la boca, pasan á la garganta, mientras que otros se disputan y comen con una voracidad insaciable el pecho, el vientre y los costados; semejante á un hormiguero, esa multitud afluye y refluye sin cesar en el cadáver.

Considera también ¡oh alma mía! y mira. Esos dos agujeros que traspasan el cráneo eran tus ojos, que fueron tal vez los escollos de tu inocencia, y como las ventanas por donde entró la muerte para quitarte la gracia. Esos restos de carnes podridas y corrompidas eran tu boca, tu lengua y tus labios; instrumentos, ¡ay!

funestísimos de tu gula, impureza y maledicencias.

Esa habitación que los gusanos se han abierto, era tu vientre, del cual has hecho tu dios. Esos huesos áridos y de una horrorosa palidez, eran tus dedos y tus delicadas manos que se ocuparon en tantos crímenes. Todo ese horrible montón de podredumbre infecta era tu cuerpo, ese ídolo de tu amor propio al que inmolestaste y sacrificaste innumerables veces tu conciencia. Allí donde los insectos más inmundos establecen ahora su guarida, allí estaba tu nariz, tus oídos; allí estaba tu cerebro, donde se han elaborado tantos malos pensamientos, donde se formaron tantos deseos culpables. ¿Qué piensas tú al ver ese espectáculo? ¿Qué frutos quieres sacar de él?

Primer fruto. Un vivo horror del pecado impuro.

Señor: *¿qué es el hombre, para que os hayais manifestado á él! ¿Qué es el Hijo del Hombre para que le hayais honrado con vuestra estimación?* Yo soy pasto de gusanos: podredumbre y corrupción pestilenta; soy más abyecto que el polvo, que la ceniza y que la nada, y no obstante he osado levantar la cabeza y rebelarme contra vos que sois el Todopoderoso. He osado estimaros menos que á mi cuerpo, cuyas pasiones desorde-

nadas he preferido á vuestra voluntad santísima.

¡Oh Dios mío! ¿de qué me espantaré más, de mi audacia en ofenderos, ó de vuestra paciencia en esperar y ofrecerme el perdón? ¡Oh cielos! he caído en el desgraciado delirio de irritar á Dios, de herir mi conciencia, de perder la gracia para este cadáver que debe podrirse, y que, en mi demencia, he estimado más que mi alma, más que á Jesucristo y preferido al soberano Bien. ¡Ah! ¡todo mi cuerpo se estremece cuando me acuerdo de lo que he hecho!

— ¡Qué locura, ay de mí! haber atraído sobre mi alma inmortal toda la violencia de los fuegos del purgatorio por no negar sus satisfacciones á una carne corruptible; por un momento de placer haber hecho á mi alma esclava del demonio y digna de los tormentos del infierno ó al menos por habérla expuesto al peligro de la condenación eterna procurándome placeres vergonzosos que no puedo recordar sin rubor.

Conozcamos, pues, en fin, cuán detestable y digna de execración es la horrible acción de pecar por causa de nuestro cuerpo; hacernos prevaricadores por complacencia á este cráneo, estos huesos y ésta podredumbre infecta; proseguir ultrajando á un Dios infinitamente

bueno en sí mismo, é infinitamente bueno para con nosotros; de violar con una ligereza inexcusable sus preceptos llenos de justicia y de equidad, y violarlos por causa de este cadáver corrompido, de este puñado de cenizas. Sí, los tormentos del infierno no son bastante grandes ni bastante rigurosos para castigar como merece tan criminal audacia.

Mas ya me arrepiento, ¡oh Dios omnipotente que habéis formado mis miembros! me arrepiento de mi extravagancia y de mi maldad. ¡Ay de mí! ¿qué hice yo cuando por contentar los gustos depravados y vergonzosos de mi cuerpo pequé contra vos, ¡oh Dios mío! cuando, por esta carne de corrupción, os ofendi á vos que sois mi soberano bien? ¡Ah! corred, lágrimas mías, resonad, gemidos míos; ¡ojalá mi corazón se despedazara por la violencia del dolor! Esto es hecho; jamás volveré á cometer ninguna falta contra las santas leyes de la pureza. Detesto cuanto atañe al vicio impuro y todo lo que pueda ofender aun ligeramente la hermosa virtud de la castidad. Que el rayo caiga del cielo, y reduzca mi cuerpo á cenizas, que sea entregado á mil muertes y que mis miembros sean hechos pedazos si alguna vez tengo la desgracia de consentir ni aun una ligera falta en materia de pureza. ¡Oh Dios mío!

*purificad mis costados con el fuego del Espíritu Santo, á fin de que á lo menos en lo de adelante os sirva con un cuerpo casto y os sea agradable por la pureza de mi corazón.*¹

Segundo fruto. El celo en domar nuestra carne.

Venid, vosotros á quien un grande amor á vuestro cuerpo ciega; vosotros que sois idólatras de vuestros propios cuerpos, acercaos, *venid y mirad*²: *Ved ese cadáver, considerad ese abismo de inmundicia, ese fango de corrupción*:³ reconoced en fin, lo que es en realidad esta carne que tratáis con tanta delicadeza, á la cual prodigáis tantos cuidados, concedéis tantas satisfacciones y de la cual estáis tan atentos para alejar toda pena y toda amargura. Tomad en vuestras manos ese cráneo, tocad esos huesos, removed esas cenizas, examinad todo ese montón de podredumbre y decid ahora *si no es una demencia consumir todos los trabajos*, las penas y las vigili-
as de vuestra vida, para hacer que ese cadáver, ese foco de infección sea bien tratado durante algunos instantes en la tierra, que sea vestido con esmero, alimentado delicadamente y satisfecho en

¹ Oración de la Iglesia

² Juan, 1, 46.

³ Sal: 89, 4.

todos sus deseos, mientras que miráis el cuidado de vuestra alma como el último de vuestros asuntos. Decid si no es una vergüenza que esta habitación de insectos inmundos, esta carne destinada á convertirse en ceniza y en una infecta putrefacción, sea rodeada de más atenciones que vuestra alma que es criada para el cielo; si no es una verdadera crueldad conceder á ese cuerpo que ha de ser pasto de gusanos un alimento delicado, una bebida abundante, un sueño duradero, un lecho cómodo, vestidos finos y preciosos, cuidarle y nutrirle, perdonarle la abstinencia, los ayunos, el cilicio, la disciplina y todos los géneros de austeridades, y exponer por esto vuestra alma á debilitarse en la virtud, á sentir una triste disminución de gracias y de méritos y á padecer durante largos años tal vez la actividad de las llamas del purgatorio.

Que un epicureo ó un ateo que niegan la inmortalidad del alma, que establecen la felicidad del hombre en el placer de los sentidos, limiten toda su aplicación á los cuidados del cuerpo, sin duda es una conducta indigna; sin embargo dimana de sus principios y no podemos más que compadecerlos, despreciándolos. Mas, que un cristiano instruido y persuadido de que su cuerpo morirá y será devorado por los gusanos mientras su alma

sobrevivirá, para ser eternamente dichosa ó desgraciada; que un religioso que ha contraído al hacer sus votos el solemne compromiso de practicar una continua mortificación en todas las cosas, se atreva muchas veces á preferir una vil y pasajera satisfacción á tantos méritos, á tantos grados de gracia y de gloria que se le ofrecían y que retrocedan cobardemente ante la obligación de declarar la guerra á su amor propio, hé aquí una ceguera digna de nuestras lágrimas.

¡Alma pródiga de los bienes celestiales! ¡ah! esas gracias que sacrificas son el precio de la sangre de Jesucristo, son un rayo de la divinidad; una sola vale más que mil mundos, y no obstante, tú has despreciado millares por esta prisión que te rodea; cada grado de gloria celestial encierra en sí delicias de una duración eterna y has dejado perder un número increíble por cuidar esta carne que debe podrirse. ¡La más ligera mortificación de los sentidos es una acción más meritoria y más excelente que la resurrección de los muertos, y tú has huído mil veces la ocasión de hacerlas por no lastimar un cuerpo que no merece más que tu odio! ¿Cuáles no serían tus pesares si por una pequeña satisfacción del gusto debieras perder un rico tesoro? Has perdido, ¡ay! sin remedio, otros tan-

tos tesoros celestiales, otras tantas eternas felicidades y otros tantos gozos infinitos cuantas son las ocasiones que dejarás de vencerte á tí mismo, de obedecer á la gracia y de adquirir nuevos grados de gloria.

¿Pues qué, no podremos odiar nuestra carne, nuestro más cruel enemigo, ese vaso de cieno, esa fuente de enfermedades, ese receptáculo de todas las miserias? ¿No podríamos odiar á este insigne ladrón que nos ha arrebatado tantas veces la gracia? ¿á tirano que nos entregó tantas veces á la esclavitud del demonio? ¿á ese parricida que con sus incentivos nos sedujo hasta hacernos crucificar á Jesucristo nuestro hermano y cubrir á Dios nuestro padre de tantas heridas cuantos pecados cometiéramos? ¿No podríamos odiar á ese ladrón, á ese tirano, á ese parricida?

¡Oh tierra, tierra, tierra! escucha las palabras del Señor.¹ Hombre formado de tierra y de barro, que has olvidado tu fin último, que te has hecho indigno, esclavo de la carne, escucha las palabras del Señor. Hé aquí el mandamiento que te da el Dios de los ejércitos: *Tu concupiscencia te estará sometida y tú deberás dominarla.*² Escucha las advertencias de

¹ Jerem. 22, 29

² Gen. 4, 7.

Jesucristo; *Nadie puede servir á dos señores*; ¹ nadie puede obedecer á la carne y á Dios al mismo tiempo. Es menester, pues, que renuncies al amor de tu cuerpo ó al de Jesucristo, al amor propio ó al amor de Dios; es necesario que dejes tus pasiones, ó á Dios, que consientas en perder ó los gustos del mundo ó los gozos del cielo. Escoge, porque *hay dos gozos que no puedes reunir*, dice la *Imitación: no puedes gustar en esta vida las delicias del mundo y reinar con Jesucristo*.²

En el día del último juicio resucitaremos todos, nos asegura el apóstol: *en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la trompeta porque la trompeta sonará y los muertos resucitarán*.³ Entonces las almas se reunirán cada una al cuerpo que animara. El alma del condenado se unirá á su cuerpo y el alma del bienaventurado se unirá al suyo. El alma de San Pedro volverá á tomar su cuerpo, y el alma de Judas volverá á tomar el suyo. Tú también, ¡oh alma mía! volverás á tomar tu cuerpo que ves ahora reducido al estado de corrupción en el sepulcro, ¿cómo quisieras entonces haberte servido de él cuando lo habitabas?

¹ Mat 6, 22.

² Imit 1. 1, cap 24

1 Cor. 15, 52.

¡Ay de mí! si, lo que Dios no quiera, nos condenásemos, ¿con qué ojos miraríamos nuestro cuerpo? ¿qué imprecaciones haríamos resonar contra él? ¡oh cuerpo execrable! exclamaremos, por el cual soy condenado á un fuego que no se extinguirá jamás, ¡oh sensualidades funestas, placeres detestables que te he concedido y que me han precipitado en los tormentos eternos! tus ojos, tu lengua, tus pies, tus manos criminales han consumado para siempre mi ruina. ¡Oh! ¡que no haya yo tratado más duramente tus miembros, que no haya afligido tu carne con el cilicio, disciplina y ayunos! ¡que no haya reprimido tus delicadezas con un régimen más austero, con un alimento menos exquisito y con vestidos más toscos! Hé ahí los amargos reproches que nuestra alma dirigirá á su cuerpo, si ésta es condenada.

Mas, ¿con qué trasportes de gozo el alma de un escogido, de un Luis Gonzaga, de un Casimiro, de un Francisco de Asís, no acudirá para abrazarse á su cuerpo? ¿Con qué efusión de ternura no se reunirá á sus miembros? ¿con qué dicha no volverá á ver sus ojos, sus oídos, su lengua? ¿con qué dulce recuerdo, en fin, no besará el cilicio, la disciplina y todo lo que fué un instrumento de sus méritos? ¿De qué deliciosa paz no seréis

colmados vos mismo al acordaros del tiempo, del lugar y de las circunstancias en que reprimierais el desorden de vuestros deseos y mortificaran vuestro cuerpo? No tendréis entonces más que un pesar: el de no haber hecho más ruda guerra á vuestra voluntad propia, el de no haber sido más severo y más riguroso para vos mismo.

Figurémonos que acabamos de ser condenados al purgatorio, que sentimos ya los suplicios de ese lugar de tormentos, más, que al instante la demencia divina nos ha dejado salir de allí y reunirnos á nuestro cuerpo en el sepulcro. A la vista de nuestro cadáver, ¿qué pensaríamos de esos placeres sensuales que nos habían precipitado en los horribles tormentos de esas ascuas vengadoras? ¿Qué juicio formaríamos de la austeridad de la vida, de la mortificación del cuerpo, de la represión de los apetitos desordenados? ¿Qué diríamos de esos subterfugios del amor propio, de esas falsas máximas que nos eran familiares, de esos vanos artificios á los cuales recurriamos para encubrir nuestra malicia y eludir los remordimientos de nuestra conciencia? *En verdad, es engañarnos á nosotros mismos eso de profesar un amor tan desordenado á nuestro propio cuerpo.*¹ Tratémosle pues ahora, como que-

¹ Lib. de la Penit. c. 10.

rriamos algún día haberle tratado: adoptemos la mortificación cuya práctica causará algún día nuestro gozo, y cuya omisión sería seguida de amargura.

1.º Examinemos si no tenemos algo que quitar á nuestro cuerpo en la comida, en la bebida, en el sueño. *Porque ¿de qué sirve, dice San Gerónimo, activar el fuego de una carne tan ardiente y proveerle con exceso de tales alimentos? ¿Por qué arrojar aceite en medio de esas llamas?*¹

2.º Tomemos nuestras resoluciones en lo que concierne á la práctica de la abstinencia, del ayuno, de la disciplina, del cilicio y de las otras obras de penitencia propias para mortificar el cuerpo. Que este consejo no nos horrorice, porque la palabra de penitencia es más terrible que la cosa. Es en el día de hoy, ó jamás, cuando debemos mostrarnos generosos. Por otra parte, no lo dudemos, nos asegura Tertuliano, *cuanto menos nos perdonáremos á nosotros mismos, más nos perdonará Dios.* Propongámonos también guardar una vigilancia austera y continua sobre nuestros sentidos aun en las menores circunstancias, particularmente en el deseo de ver, de oír cosas nuevas y curiosas, de aspirar agradables olores, de buscar los manjares

¹ Lib. de la Penit. c. 10.

delicados, de decir buenas palabras y, por último, de darnos otras satisfacciones semejantes. *No hareis progresos* dice la Imitación, *sino en cuanto os hi-ciéreis violencia*¹. *Y no es pequeña victoria*, añade San Bernardo, *el vencerse á sí mismo*. Veamos á lo que estamos decididos á hacer ó á evitar en adelante; tomemos resoluciones particulares y eficaces á fin de que este cuerpo de pecado sea destruido, y que de hoy en adelante no seamos esclavos del pecado². Armémonos de un generoso valor: como San Bernardo, inflamémonos de una santa ira contra nosotros mismos. *Que Dios se levante, que la carne perezca, que el hombre enemigo sea derribado, que sea pisoteado este despreciador de Dios, este amador de sí mismo, este amigo del mundo, este esclavo de Satanás. Es digno de muerte; que sea crucificado*, para que no sea el alma un obstáculo que le impida salir felizmente de este mundo.

ARTÍCULO II

El cuerpo en el sepulcro nos enseña á no desear más que las cosas del cielo

Mientras estamos en este mundo, sentimos como, naturalmente, por nuestra

¹ Imit. 1. 1. c. 25.

² Rom. 6. 6.

desgracia, cierto disgusto por las cosas del cielo, y todo lo que no nos atrae á la tierra nos desagrada. Esta disposición depravada es otro obstáculo á la gracia de una buena muerte: un excelente medio para combatirla con éxito será también la consideración atenta del estado de nuestro cuerpo reducido á la podredumbre en el sepulcro. En un panegirico del Angel custodio, el P. Séñeri cuenta que un religioso había tenido la debilidad de dejar su monasterio: su ángel de la guarda se le apareció en el camino, y deteniéndolo en su huida le condujo á un cementerio vecino. Allí le mandó que bajase á un sepulcro, que abriese el ataud y considerase el cuerpo que estaba en él. El monje infiel bajó, abrió el ataud y vió el esqueleto; y herido por triste espectáculo que se ofrecía á su vista, condenó su inconstancia, volvió á la soledad que había abandonado y coronó una vida de penitencia con una muerte feliz.

Contemplando un cadáver fué como este religioso se sintió repentinamente cambiado, aprendió á pensar y conducirse de otro modo, y adoptó, en fin, los principios de una vida más santa. Lo que había estimado antes, le despreciaba ahora: lo que había deseado lo rechazaba; lo que había visto con horror, convir-